

CAPÍTULO XVIII

Lisonjero aspecto de la guerra en Agosto.—Portugal: Evora tomada y saqueada por los franceses; expedición inglesa á Portugal: Sir Arturo Wellesley, luego duque de Wellington: sus victorias de Roliza y Vimeiro; armisticio entre los ejércitos francés é inglés: convenion de Cintra incluyendo á los españoles prisioneros en el Tajo, que es generalmente desaprobada: Junot evacua con su ejército el Portugal: los ingleses restablecen la regencia, y se disuelven las juntas de aquel reino.

A mediados de Agosto la causa española presentaba una lisonjera perspectiva: Moncey habia sido derrotado en Valencia; Dupont hecho prisionero en Bailén; esta derrota habia secado en las manos de Bessieres los laureles de Rioseco, y obligado á José á huir de la capital; Zaragoza y Gerona habian humillado las gloriosas huestes de la Francia, y España entera estaba conmovida y en armas para arrojar á los enemigos de su independencia.

Veamos ahora lo que al mismo tiempo acontecia en el vecino reino de Portugal, víctima, como España, de los planes de Napoleon sobre la península.

Junot quiso allí reprimir el levantamiento con medidas severas, y halló en el capítulo patriarcal eclesiásticos bastante débiles que se prestasen á declarar crimen de excomunion mayor el acto de insurreccionarse contra los franceses. Á pesar de eso en Lisboa estalló un tumulto el dia del Corpus durante la procesion, que, aunque fué sofocado, impulsó el alzamiento nacional.

Contra Evora, donde habia fijado su asiento la junta del Alem-Tejo, protegida por un auxi-

lio de tropas que le envió la de Extremadura partió el general Loison con ocho mil hombres. Los españoles y portugueses reunidos no eran más que cinco mil, desventaja que sus generales Moretti y Leite creyeron subsanar tomando una posicion en las alturas que hay delante de la ciudad. Tropa de reclutas, fácilmente fué derrotada en campo abierto, por los aguerridos franceses: Leite tomó el camino de España, y Moretti se metió con los españoles en la ciudad, donde no con igual llaneza penetró Loison. De la sangre que perdió quiso compensar á sus soldados concediendo el pillaje. Los restos del auxilio español se restituyeron á Extremadura.

No se desconcertó por eso el pueblo portugués; mas hubiérale sido penoso llevar á un estado imponente la insurreccion sin el auxilio que le llegó de la Gran Bretaña.

Los diputados españoles que se hallaban en Lóndres, animados de un noble orgullo y teniendo en poco la cooperacion de las tropas inglesas, hasta entonces desafortunadas en la lucha de tierra con Napoleon, habian rehusado los auxilios de esta clase que les ofreciera aquel



gobierno, diciendo que hombres no faltaban en España, sino pertrechos y dinero. Añadieron, sin embargo, que, si juzgaba conveniente presentar en la Península su bandera contra Napoleon, podia mandar la expedición á Portugal, donde haria bien á España sujetando á Junot.

Aprovecharon los ingleses la indicacion, y al punto hicieron partir á las costas portuguesas una escuadra que parece habia sido dispuesta antes del alzamiento contra nuestras Américas. Constaba de nueve mil hombres á las órdenes de sir Arturo Wellesley, más célebre por su título posterior de duque de Wellington.

Tenia entonces cuarenta años. Habia recibido el bautismo militar en la desgraciada campaña que el duque de York hizo en Holanda en 1793, y así en ella como en la de las Indias, á la que acompañó en seguida á su hermano el marqués de Wellesley, se acreditó de ánimo resuelto y prudente á la vez, activo y firme. Vuelto á Inglaterra en 1805, tomó asiento en la cámara de los Comunes, adhiriéndose al partido de Pitt, que era por lo general el de los militares. Nombráronle secretario de Irlanda, y luego jefe de la tropa que partió á la breve campaña de Copenhague, por cuyos servicios fué ascendido á capitán general. España era el teatro que la fortuna le reservaba para ilustrar su nombre.

Al llegar la expedición á la altura de la Coruña, desembarcó Wellesley para repetir el ofrecimiento de sus tropas, y aunque la ocasion era oportuna, pues acababa de suceder la derrota de Rioseco, aquella junta insistió en rehusarlo, prosiguiendo en su vista el rumbo de Portugal.

Desembarcó en Mondego, puerto que promedia aproximadamente el reino de los confines de las provincias de Beira y Extremadura, á distancia casi igual de Oporto y Lisboa. Supo allí que se le debian unir las tropas de Spencer, que habian desembarcado en el Puerto de Santa María, y otras procedentes de diversos Estados de Europa donde habian ido á guerrear con Napoleon, componiendo el ejército inglés de Portugal un total de treinta y tres mil hombres: grata noticia si no viera que, siendo él el

general más moderno de la Gran Bretaña, debia quedar sin el mando superior. El gobernador de Gibraltar sir Hew Dalrymple, en quien concurría la recomendacion de estar en buenas relaciones con Castaños y las juntas, debia ser el general en jefe, y sir Harri Burrad su segundo. Antes, empero, de que esto sucediese, cual si presintiese la gloria que le esperaba, trató de disputarles el mando por medio de una noble emulacion.

Apenas se le juntó Spencer á principios de Agosto constituyendo sus fuerzas un cuerpo de trece mil trescientos infantes, doscientos caballos diez y ocho piezas de artillería, marchó á Leiria á incorporarse con el general portugués Freire con objeto de caer sobre la capital, dispuesta á la insurreccion. Al llegar allí, no quiso este último abandonar aquella comarca, por no dejar en descubierto á Coimbra, amenazada por Loison, que desde Evora se habia trasladado á Thomar; pero Wellesley no desistió de su pensamiento, que era herir al enemigo en la cabeza, y el 15 se hallaba ya en Caldas.

Junot llamó apresuradamente las fuerzas que tenia dispersas, y no pudiendo lograr que el almirante ruso Siniavin, cooperase á sus planes con su escuadra surta en el Tajo, salió en busca del enemigo, dejando cubierta su espalda por el general Kellerman, situado en las alturas de Almada, cerca de Setúbal.

Cuando llegó á Torres Vedras, punto céntrico de la distancia que le separaba del enemigo, halló que el general destinado á contenerle en su marcha, Delaborde, habia sido batido. A pesar de las órdenes en contrario, habiase éste visto precisado á presentar la batalla en Roliza, y abrir con ella la série de las adversidades que la fortuna les preparaba en la Península. Luchó con la ventaja de la posicion de su parte; pero no supo vencer la superioridad del número, y perdió seiscientos hombres, y, lo que es peor, la fama de invencibles.

Los doce mil infantes con mil quinientos caballos y veintiseis piezas de artillería que pudo Junot reunir en Torres Vedras el 20 le hacian inferior á Wellesley en la proporcion de uno á dos, porque se habia incorporado ya á éste un refuerzo de cuatro mil hombres, de-



sembarcando en Vimeiro. Con esta ventaja quería el vencedor de Roliza seguir el camino costanero de Mafra, peñascoso y estrecho, atendida la inferioridad numérica de su caballería, con el intento de flanquear al general francés é interponérsele á su retaguardia delante de Lisboa. Desaprobóselo Burrard, que fatalmente para él acababa de llegar á aquellas aguas, y ya habia renunciado á sus planes y á la gloria que de ellos se prometia cuando Junot, noticioso de que estaba para desembarcar Moore con once mil hombres, le volvió á sus esperanzas, decidiendo atacarle en su posicion de Vimeiro. Empeñóse la batalla el 21 por la mañana con grande ardor por ambas partes, y se sostuvo cruda por tres horas la pelea hasta que los franceses se retiraron con la pérdida de mil ochocientos hombres y trece cañones, habiendo sido heridos los generales Solignac y Brenier, quien quedó además prisionero. Los ingleses no llegaron á meter toda su fuerza en accion, y sólo tuvieron, entre muertos y heridos, una baja de ochocientas plazas. Wellesley quiso sacar todo el fruto de su victoria persiguiendo á los vencidos; pero Burrard, que habia desembarcado durante la batalla y permanecido siempre espectador de ella, hizo entonces valer su autoridad: contradiccion injustificable que se atribuyó á rivalidad y envidia. A esto debió el poder Junot restituirse por la tarde tranquilamente á Torres Vedras.

Allí convocó á consejo de guerra para tratar del partido que debian tomar en su crítica situacion: los ingleses iban á recibir un considerable esfuerzo; el país se levantaba en masa contra los franceses á causa de sus dos derrotas; Lisboa, débilmente guarnecida, anunciaba un sacudimiento; dar otra batalla sería exponerse á una ruina cierta y completa; incorporarse á los ejércitos de José era imposible hallándose entonces sobre el Ebro. Decidióse, pues, unánimemente proponer á los ingleses que evacuarían á Portugal, mision de que se encargó á Kellermann. Dalrymple, general en jefe del ejército enemigo, á quien halló inesperadamente en su campamento, convino en un armisticio, al cual debería seguir un tratado definitivo cimentado en estos tres artículos prin-

cipales: «1.º Que el ejército francés evacuaria á Portugal, siendo trasportado á Francia con toda su artillería, armas y bagajes por la marina británica; 2.º Que á los portugueses y franceses avecindados no se les molestaria por su anterior conducta política, pudiendo salir del territorio portugués con sus haberes en cierto plazo; y 3.º Que se consideraria neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al derecho marítimo, á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica.» Mientras se ajustaba el tratado definitivo se trazó una barrera para ambos ejércitos, debiendo avistarse mutuamente con cuarenta y ocho horas de anticipacion caso de romper nuevamente las hostilidades.

Si no llegó este caso, se estuvo cerca. El almirante inglés Cotton se negaba á respetar la escuadra rusa, y el general portugués Freire se quejó enérgicamente de que en todo el convenio no apareciese tenido en cuenta ni su ejército, ni el regente, ni la junta de Oporto que él representaba. Dalrymple anunció la ruptura de las negociaciones á Junot al mismo tiempo que su propósito de caer en seguida sobre Lisboa, donde aquél se hallaba ya desde el 23. En el primer impulso de su orgullo lastimado, manifestó alegrarse de ello, y se dispuso á emprender de nuevo las operaciones, pidiendo al efecto al almirante ruso que le auxiliase con los seis mil hombres de desembarco que tenia á bordo. Pero éste insistió en su negativa, que le ofendió más todavía por haber sido el artículo relativo á él la causa de la ruptura, y viendo que las tropas inglesas y portuguesas con la poblacion entera avanzaba contra él y le cercaba por todas partes amenazándole con un fin de astroso, anudó las negociaciones.

Descartado el principal obstáculo por ambas partes, fué fácil el arreglo sobre las mismas bases de Vimeiro; sólo se redujo á seiscientos el número de los caballos que los franceses sacarian de Portugal, y se prohibió á los avecindados el extraer su peculio sino en mercancías. También se acordó la entrega de los tres mil quinientos hombres de tropas españolas, encerrados en los pontones al general inglés, obli-



gándose éste á alcanzar de España que se pondria en libertad á los súbditos franceses no prisioneros de guerra. La convencion, aunque firmada en Lisboa el 30 de Agosto por Kellerman y Murray, se llamó *de Cintra*, por hallarse en este punto al ratificarla el general en jefe Dalrymple.

Produjo su publicacion gran descontento en las tres potencias interesadas en la lucha. Los portugueses protestaron contra varios artículos, quejándose ágricamente de que los ingleses la hubiesen ajustado por sí solos con desprecio del soberano de la nacion y de sus armas. Las fuertes contestaciones que se originaron con la junta de Oporto concluyeron desconociendo los generales auxiliares su autoridad y la de todas las juntas del reino. En España se censuró tambien el que no se hubiese sacado de la batalla de Vimeiro el mismo fruto que de la de Bailen; y tanto el general Arce, que tenia sitiada á Yelves, como la junta de Extremadura se resistieron por algun tiempo á que alcanzase á los franceses allí cercados la capitulacion. Pero donde causó extraordinaria indignacion fué en Inglaterra: los periódicos se desataron en improperios contra Dalrymple, Burrard y Wellesley; aparecieron orlados de negro en señal de duelo público, y los hubo que pusieron á los tres generales en caricatura colgados de un patíbulo: varias corporaciones representaron pidiendo un castigo, distinguiéndose entre todas el cuerpo municipal de Lóndres, que calificaba el tratado como el más afrentoso á la nacion británica. Teniendo allí tanto imperio sobre el gobierno la opinion pública, fué preciso someter la conducta de los generales á un juicio, del cual salieron libres de todo castigo, desaprobando empero los artículos que parecian ofender á Portugal y á España.

La convencion en tanto habia sido llevada á efecto en la parte capital del embarque. Faltando trasportes suficientes, estuvo Junot detenido hasta mediados de Setiembre, siempre temiendo la creciente alarma é irritacion del pueblo. Trabajosamente pudieron los ingleses evitar un rompimiento que inundase las calles de Lisboa de sangre francesa. Al fin se alejó de sus playas en medio de generales aplausos, y

arribó á las de Francia despues de una penosa travesía, con siete mil hombres ménos de los que habia llevado á Portugal.

El triunfo pareció completo el dia 18 al restablecer los ingleses, de órden de su gobierno, la regencia nombrada por el principe D. Juan, á quien todo el reino reconoció al punto con alborozo, disolviéndose en su virtud las juntas populares hijas de la insurreccion.

El heroismo de la nacion española, hasta entonces de mucho atrás oscurecida en Europa, despertó á las que yacian subyugadas por el emperador, las llenó de admiracion y excitó en su favor universal interés. La Inglaterra, no satisfecha con suministrar á las juntas auxilios cuantiosos de pertrechos y dinero, declaró pública y solemnemente su adhesion á la causa de los españoles (4 de Julio) restableciendo su antigua amistad. De otros estados se recibian testimonios claros, aunque ménos ostensibles de simpatía; y los más encumbrados personajes, enemigos de la dinastía imperial y de la Francia, solicitaban con afan un hueco en las filas de nuestro ejército ó en los humildes escaños de nuestras juntas. El entonces conde de Artois, despues Carlos X de Francia, y el general Dumouriez, que habia hecho traicion á su patria en Valmy, fueron los primeros en dirigir tal pretension á los diputados españoles en Lóndres, quienes se excusaron con la falta de facultades.

Otras solicitudes más extrañas, y hasta ridículas, recibieron tambien. Hubo principes que, creyendo el trono vacante, se apresuraron á entablar reclamaciones alegando derechos de familia más ó ménos lejanos. El conde de Blacas se presentó á los diputados exigiendo en nombre de Luis XVIII, como jefe de la dinastía Borbon, la corona de España, si desaparecian los herederos directos de Felipe V: intempestiva y extraña peticion en un rey absoluto para con unos meros comisionados de un pueblo en revolucion. El principe de Castelcicala, embajador de las Dos Sicilias, les escribió con iguales pretensiones en favor de su amo. Contestáronles segun sus términos, al primero con respeto, y al segundo con sequedad; mas no por eso ni por la repulsa más severa del gobierno inglés se desanimó el siciliano. Mandó en se-



guida á Gibraltar emisarios á trabajar por sus pretensiones, y tras ellos al hijo segundo del rey, el príncipe Leopoldo, con el duque de Orleans, que anclaron en aquella bahía el 9 de Agosto. Sus manejos lograron solamente hacer correr en Sevilla el rumor de lo conveniente que sería el nombramiento de una regencia compuesta de dicho príncipe, el arzobispo de Toledo y el conde de Montijo, que fué generalmente oído con menosprecio.

Más inquietaron otras pretensiones. Durante el curso de la primera campaña que dejamos descrita, tan tumultuada como gloriosa, se había hecho sentir generalmente la necesidad de algún poder central que pudiese en concierto los diversos elementos de guerra que el patriotismo de los pueblos ofreciera generosamente, y les diese cierta unidad que los hiciera más provechosos. La Junta de Galicia propuso á la de Asturias, Leon y Castilla la Vieja el congregarse todas una representación de las provincias septentrionales, y en efecto, llegaron á reunirse en Lugo los diputados de las dos últimas y la primera bajo la presidencia del baillío D. Antonio Valdés. Asturias, empero, se opuso, á nuestro juicio sin acierto, huyendo del federalismo. Las mismas juntas de Sevilla y Granada, cuya rivalidad fué harto fatal, reconocían la necesidad de un poder que diese unidad á las operaciones.

La junta suprema nombrada por Fernando al partir no podía ser este poder, porque, ora por defección verdadera, ora por debilidad, se había sometido torpe é indignamente á los delegados de Napoleon, á Savary lo mismo que á Murat, á José lo mismo que á Savary. Legalmente, se había ella desautorizado por sí misma para con la nación desde el día en que reconociera la validez de las renunciaciones de Bayona.

Tampoco podía haber sido el consejo de Castilla, porque su conducta oscilante, al vaiven de los sucesos, napoleónica en Mayo, dudosa en Junio, nacional en Julio y Agosto, la había desacreditado. Sin embargo, luego que José salió de Madrid, pretendió con empeño erigirse en supremo gobierno de la nación, fundado intempestivamente en títulos y preeminencias nominales, como si el país se hallase en normal

estado ó no hubiese perdido todo derecho á su obediencia quien se había contentado en los momentos de peligro con el cómodo papel de testigo de sus inquietudes, azares y desgracias. Algunos desórdenes que acaecieron en Madrid á la evacuación de los franceses, particularmente el asesinato de un tal Viguri, antiguo intendente de la Habana, tachado en su conducta privada y política, suministraronle argumentos para apoderarse en la corte del poder caído y pedir á las provincias y á los generales su reconocimiento. Justamente orgullosas las unas y los otros de sus recientes servicios, ofendiéronse de semejante exigencia, y contestáronle ágría y aún duramente: la de Galicia se atrevió á lanzar sobre todos sus miembros la entonces horrible acusación de afrancesados; la de Sevilla les increpó de haber obrado contra las leyes fundamentales y «facilitado á los enemigos todos los medios de usurpar el señorío de España;» Palafox les echó también en cara no haber llenado sus deberes; y hasta la junta de Valencia, la única que se le manifestó al pronto propicia, cuando vió la presteza con que se metió á dictarle órdenes, mandó que «ninguna autoridad de cualquiera clase mantuviese correspondencia directa ni se entendiese en nada con el Consejo.» Mal su grado, reconoció su impopularidad, y para vindicarse creyó del caso dar á luz un manifiesto; humillación ingrata para quien había hasta entonces despreciado la opinión pública.

Siguió, sin embargo, intrigando en obsequio de sus deseos, que eran los que pueden deducirse de haber reducido á dos veces por semana la publicación antes diaria de la *Gaceta de Madrid*, sujetado á la imprenta con las mismas ó mayores trabas que anteriormente, y hasta procesar á varias personas por recibir papeles de las juntas en que se indicaba alguna medida liberal. La intriga en que más fió sus esperanzas fué la que puso en juego por medio del general Cuesta, su antiguo gobernador y uno de los mayores adversarios de la influencia popular, en odio de la cual había resistido con tenaz porfía la reunión de las juntas del Norte pedida por Galicia. Reconociendo éste la insuficiencia de su prestigio y la necesidad de con-



tar con el poderoso ejército de Castaños, propúsole un día el repartimiento del gobierno nacional en dos secciones, la civil y gubernativa para el consejo, y la militar para una junta de sólo tres miembros, que compondrían ellos dos y el duque del Infantado. La cautela de Castaños destruyó este último plan de aquellos viejos consejeros habituados al mando y las preeminencias, á quienes de tan poco es deudora la nación.

La opinión estaba tan pronunciada por un poder nuevo, identificado con la misma revolución, hijo de ella, que sólo se cuestionaba sobre su forma y organización. Querían unos que fuese un poder supremo y absoluto, un soberano que reemplazase en todo al rey cautivo: otros deseaban que la autoridad central que se iba á constituir no aniquilase la acción de las locales, y pedían un régimen federativo. Prescindiendo ahora de si hay en la constitución natural é histórica de España consideraciones que abonen este sistema de gobierno como adecuado á sus diversas necesidades y caracteres, la situación, aún examinada sólo militarmente, parecía reclamar su adopción como el más oportuno. No teníamos ni nos convenían esos grandes ejércitos para librar batallas campales, cuyo manejo y dirección requirieran la unidad personal. España, fiada únicamente en sus ejércitos, hubiera sido víctima como el Austria, como la Prusia, como todas las naciones, de la superior táctica y estrategia de Napoleon. Debiendo, pues, ser popular la lucha, de guerrillas y como á la desbandada, ese poder sintético era inútil, y sólo podía convenir la actividad local, cuyo interés es siempre más vivo y su conocimiento de los hombres, de los recursos y las necesidades, más exacto. Las juntas, organizando el armamento y la defensa de su respectivo territorio, designando los jefes de más prestigio, pues era guerra de fuerza moral más que de combinaciones militares, arbitrando los medios para el sustento de la lucha; las juntas, decimos, asociadas y en cierta dependencia para las disposiciones generales de otra suprema salida de su seno, ocupada en vigorizar el país favoreciendo sus intereses, en dirigir las operaciones de los ejércitos nacionales, en velar por la con-

servación de la armonía en que se cifraba la salvación del país, hubieran, á nuestro juicio, evitado en gran parte los desastres y vacilaciones que experimentó luego la causa nacional. La opinión, sin embargo, atendiendo sólo al desconcierto con que hasta entonces habían necesariamente obrado las juntas provinciales por falta de una organización uniforme, estuvo por la creación del poder central, supremo y absoluto.

También se discutió entonces sobre si sería más conveniente la reunión de las antiguas cortes ó constituir una representación nacional más adecuada á nuestra época, puesto que habían desaparecido casi completamente las antiguas divisiones de clase, que gran parte de la nobleza, por haber seguido la causa del usurpador, estaba desacreditada, y que había provincias enteras que no tendrían más de un diputado, mientras que en otras hasta pueblos insignificantes los enviarían. En medio de estas dificultades, que no era para el momento allanar, se convino, á desplacer de la junta de Sevilla, en constituir el poder central con dos individuos de cada una de las juntas provinciales, y en que se instalaría en Aranjuez para sustraerlo á la influencia y las intrigas del Consejo de Castilla.

Instalóse este nuevo poder en el real palacio de aquel sitio, el 25 de Setiembre, tomando el título algo prolijo de junta suprema central gubernativa del reino. Fueron al principio veinticuatro sus miembros, y luego subió su número hasta treinta y cinco, entre los cuales apenas se contaban seis por su nombre bautismal. Casi todos eran títulos y altas dignidades del Estado, la Iglesia y la milicia, conaturalizados con los abusos, poco interesados en su reforma, y escasos de los conocimientos y la energía que las circunstancias reclamaban, aún cuando dotados de probidad y españolismo. Sobresalían en medio de todos por su ilustre fama Jovellanos y el conde de Floridablanca. Aquél era de todos quien mejor comprendía su época; pero fué éste el elegido para la presidencia, acto no exclusivamente de deferencia á sus canas, sino de conformidad con sus ideas políticas, que de reformistas, según hemos di-



cho, se habian convertido en absolutistas. La junta se dividió en cinco secciones, y fué creada una secretaría general, á cuyo frente estuvo primero el honrado intendente D. Manuel de Garay, y luego el ilustre poeta y ardiente patriota D. Manuel Quintana.

Con la instalacion de la junta suprema acabó el gobierno de las juntas provinciales, primera y genuina expresion del alzamiento nacional. Máquinas de guerra, ellas en el breve periodo de su mando apénas se ocuparon de asuntos administrativos y políticos; no se ocuparon sino de armar y defender al país. ¡Pero cuán dignamente llenaron por lo general su mision! ¡Con cuánto patriotismo, valor, celo, abnegacion, constancia y desinterés! Nunca se conoció tan bien lo acertado que es el instinto y el conocimiento popular sobre las personas: los más sábios, los más valientes; los más au-

daces, los más honrados, fueron en cada ciudad y en cada villa los elegidos por el pueblo para la temeraria empresa de combatir á la Francia y á Napoleon, al coloso de Europa, el genio militar de los siglos modernos. Ellas encontraron una nacion resuelta á la lucha y ansiosa de gloria; pero sin reeursos, sin armas, sin autoridades, sin ejército, sin rey. Trabajaron con incansable actividad; lucharon con mil contradicciones sin desalentarse, sin desconfiar jamás de la salvacion de la causa nacional; y al resignar su soberano poder, entregaron á su heredero un pueblo todo en armas por su independencia, rejuvenecido, lleno de entusiasmo, orgulloso de sus victorias, en Valencia, en Bailén, en Zaragoza y en Gerona. Europa entera vió con asombro y con envidia esa obra del pueblo, una de las más gloriosas para la España de aquella gloriosa época.

CAPITULO XIX

Entran en Madrid los ejércitos de Llamas y Castaños; proclamacion de Fernando VII: pronunciamiento de Bilbao, vencido: las tropas de Blake ocupan á Bilbao: situacion de los ejércitos españoles y franceses: accion desgraciada de Lerin: cobarde abandono de Logroño.—Napoleon prepara grandes fuerzas contra la peninsula: entra Napoleon en España, accion desgraciada de Zornoza y pérdida de Bilbao.—La expedicion del marqués de la Romana es forzada á jurar fidelidad á José Dinamarca: patriotismo y denuedo de un oficial catalan: sublime juramento de los españoles en Langeland: dan la vela para España y desembarcan en Santander: se incorporan al ejército de Blake.—Accion favorable de Balmaseda: derrotado en Espinosa de los Monteros entrega el mando al marqués de la Romana en Leon: es llamado Castaños en socorro de Madrid.—Napoleon avanza sobre la córte: rendicion de Madrid: falta el emperador á la capitulacion: vacila entre reponer a José ó agregar España á Francia.

Franqueada la entrada de Madrid con la victoria de Bailén, se apresuraron á tomar posesion de la capital los ejércitos de Valencia, Murcia y Andalucía, bajo el mando de Llamas (depuesto Cervellon) y de Castaños (13 y 23 de Agosto). Recibiélos el público con muestras de alegría y entusiasmo, en particular al último, cuyas tropas pasaron por debajo de un sencillo y majestuoso arco de triunfo.

La proclamacion solemne de Fernando VII pareció que debía coronar aquella brillante victoria, y se hizo con grandes festejos, más profusos de lo que el interés nacional aconsejaba. Levantáronse ágríos clamores del público porque, en vez de perseguir á José, se entretuviese á nuestros soldados en la córte con paradas y revistas intempestivas, cuando las provincias Vascongadas con Navarra se agitaban por secundar el grito de la patria, y cuando los franceses ahogaban en la sangre de centenares de

patriotas el atrevido pronunciamiento de Bilbao.

Para acallar el clamor público celebróse el 5 de Setiembre en Madrid un consejo de generales con objeto de tratar los asuntos de la guerra y en particular el plan de campaña que se debiese observar. Compusieronlo Castaños, La Peña, Llamas, Cuesta y dos representantes de Palafox y Blake, uno el duque del Infantado. Cuesta, dominado por la ambicion ó por la mira de someter la revolucion al poder militar, propuso el nombramiento de un general en jefe de todos los ejércitos y operaciones, idea desatinada en aquella especie de guerra, que desecharon sus colegas. Convinieron solamente en que Palafox iria á situarse en Sangüesa y orillas del rio Aragon, Llamas en Calahorra, Castaños en Soria, Cuesta en el Burgo de Osma, y Blake por la parte de Búrgos, formando un semicírculo para arrinconar á los franceses en las provincias Vascongadas. A lo desjuiciado que era